

el encargado por el papa de negociar la paz, cuyo tratado definitivo se firmó en Bretigny, cerca de Chartres, el 18 de mayo de 1360. Esta paz reducía la Francia á algunas provincias y daba á la Inglaterra una prodigiosa preponderancia; pero ponía en libertad á Juan II. Se miró entonces la paz de Bretigny como obra maestra política. Y aun hoy día podría creerse tal al considerar la imperiosa necesidad que se tenía de un rey y las dificultades que se presentaban para libertarlo de otro modo; así como la alegría que inspiró á ambos partidos, y el agradecimiento de ambas partes, pues que Ingleses y Franceses suplicaron á la vez al papa honrase con el capelo de cardenal al abad Andróino, como recompensa de su hábil negociacion.

31. El pontificado vigilaba por las necesidades generales del mundo católico. La Italia en armas no le suministraba subsidio alguno; Francia é Inglaterra, consumidas por la guerra, ni aun enviaban sus diezmos; solo la Alemania podía suministrar fondos para tantas atenciones. Para colmo de la desgracia Carlos IV, que hasta entonces se habia mostrado celoso por los intereses de la Santa Sede, se negó á dejar percibir en sus Estados las rentas pontificales; pero muy pronto se disipó en Aviñon la inquietud que habia causado esta noticia. Porque Carlos IV, seducido un momento por pérfidos consejeros, hizo justicia á las observaciones benévolas de Inocencio VI, dejando continuar la percepcion de dichas rentas. Otro asunto llamó entonces la atencion del soberano pontífice. El emperador Juan Paleólogo acababa de ver caer en manos de Amurat I la ciudad de Adrinópolis, llave de la Grecia, y baluarte del imperio griego. Reducido á algunas provincias separadas unas de otras, no podía defenderse mas el Oriente, y se agitaba entre las convulsiones de la agonía. Paleólogo instaba mas que nunca pidiendo socorros al jefe de la cristiandad; y para lograrlo mas eficazmente, prometia la reunion de ambas Iglesias, tantas veces intentada y malograda por la mala fe de los Griegos. Se hallaba entonces en Aviñon un hombre cuya actividad é ingenio prometian para el Oriente un éxito tan glorioso como el de Albornoz en Italia. Era aquel el bienaventu-

rado Pedro Tomás, apóstol, diplomático, guerrero lleno de bravura, tan superior en una sala de consejo como en el campo de batalla. Numerosas misiones le habian familiarizado con las costumbres y necesidades de las poblaciones orientales. Inocencio VI le nombró su legado *à latere*, y le encargó la organizacion de una cruzada. Al frente de una armada compuesta de galeras venecianas, y de Rodas, visitó Tomás á Esmirna y otras ciudades marítimas del Asia, reanimó el valor de los cristianos y su esperanza, y llegó en fin á Constantino-
pla, donde fué recibido con el mayor júbilo. Fué depuesto el patriarca cismático, y el emperador prestó en manos del legado juramento de fidelidad á la Santa Sede. Tomás puso sitio á Lampsaco, y la asaltó escalando sus muros á vista de una armada turca que no podía defenderla. Las islas de Creta y de Chipre abjuraron el cisma, reconociendo el primado de Roma. Despues de sucesos tan brillantes, regresó á Europa Tomás para llevarse nuevos refuerzos; pero no encontró ya vivo á Inocencio VI, que murió, anciano y achacoso, el 22 de setiembre de 1362, á los diez años de su pontificado.

§ V. PONTIFICADO DE URBANO V (27 de setiembre de 1362-10 de diciembre de 1370).

32. Veintiun cardenales entraron en conclave, y por la tarde, dos terceras partes de votos recayeron en el cardenal Hugo Rogerio, hermano de Clemente VI. Por una rara humildad, este prelado, que solo pensaba en su propia santificacion y la de los demás, se negó irresistiblemente á la tiara. Los sufragios recayeron despues en el cardenal Raimundo de Canillas, pero sin mayoría suficiente. Para dar un corte á toda cabala, se convino en elegir papa fuera del sacro colegio, y el 27 de setiembre de 1362 fué elegido el abad de San Víctor de Marsella, Guillermo Grimoard. Hallábase entonces en Florencia é iba á Nápoles con mision de Inocencio VI; y desde allí dirigió su carta al conclave aceptando la tiara y tomando el nombre de Urbano V. Nacido en la quinta de Grisac, cerca de Mende, el nuevo pontífice, aunque francés, era muy simpático á

Roma. Mucho antes de su eleccion ya habia dado á conocer su opinion; y consideraba la traslacion de la Santa Sede á Aviñon como medida puramente temporal, y que interesaba sobremasera á la Iglesia verla acabar pronto. Papa, pudo realizar su proyecto, y á él le debe el pontificado esta gloriosa iniciativa.

33. Su primer cuidado fué proseguir la expedicion á Oriente, principiada por su antecesor y tan gloriosamente inaugurada por el beato Pedro Tomás. Este recorria la Europa acompañado de Pedro de Lusignan, rey de Chipre, y por do quiera excitaban entusiasmo y recibian promesas favorables. Juan II, rey de Francia, Waldemaro III, rey de Dinamarca, Bernabé Visconti, el orgulloso duque de Milan, que habia sucedido á su tío en el gobierno de esta ciudad, tomaron la cruz. Correspondió á este generoso proceder de los príncipes un armamento prodigioso. Pero antes de ir á batirse con los Musulmanes, Juan II se acordó de que tenia obligaciones que llenar para con sus vencedores los Ingleses. No habiendo podido observar todos los artículos del tratado de Bretigny, volvió á constituirse él mismo prisionero en Londres, pronunciando esta magnífica expresion que vale mil victorias: « Si fuese desterrada de la tierra la buena fe, deberia hallar asilo en el corazon de los reyes. » Era esta conducta la de un héroe, y para ponerse á la altura de semejante proceder, solo le quedaba á Eduardo III un medio: y era el de romper él mismo los grillos que venian á pedirle. Mas no lo comprendió; y Juan II, prisionero de su palabra, murió en la torre de Londres, en 1365. Le sucedió Carlos V, el Sabio; pero la cruzada no tenia ya cabeza. El rey de Chipre y Pedro Tomás no pudieron reunir sino 500 caballos y 600 infantes para una empresa que pedia todas las fuerzas del Occidente. Con este débil socorro se unieron al ejército de los caballeros de Rodas, fuerte de diez mil hombres; y el 4 de octubre de 1365, este puñado de valientes entró triunfante en Alejandria, defendida por cincuenta mil Sarracenos al mando del mismo sultan de Egipto. Si hubieran sido socorridos los vencedores, se hubiera vuelto á ver quizás un segundo imperio latino en Jerusalem; pero la

inferioridad del número no permitia ni aun guardar las conquistas debidas á su brillante atrevimiento. Cuatro dias despues de su entrada en Egipto, se reembarcaron para Chipre. Nada estaba aun perdido mientras vivia Pedro Tomás, alma de estas empresas; pero consumido por tantos trabajos y mas aun por el dolor de no haber podido libertar al santo sepulcro del Salvador de la tiranía de los infieles, murió el día de la Epifanía de 1366. Su vida habia sido la de un apóstol y un héroe: su muerte, la de un bienaventurado. La eminencia de sus virtudes, los prodigios que le glorificaron despues de su muerte y el juicio de la Iglesia le han dado su merecido título.

34. Otra cruzada preocupaba á Urbano V entonces. Desde su exaltacion á la silla de san Pedro habia renovado la excomunion fulminada contra Pedro el Cruel, añadiendo la sentencia de deposicion é infeudando el reino de Castilla á su hermano natural, Enrique de Trastamara (1). Desde veinte años hacia, la Italia y la Francia se hallaban maltratadas por unas hordas de bandoleros, que saqueaban las ciudades y aldeas, bajo nombres diversos de *Compañías blancas*, de *Jaqueria*, de *Camineros*, de *Tardios*. En vano habia intentado Urbano V disciplinar estas bandas y enviarlas al Oriente: la sola idea de combatir á los Turcos, que les hacian morir de mala muerte, les espantaba. Sin embargo, se consiguió el que pasasen los Pirineos, dándoles por jefe Bertran Duguesclin, y dándoles doscientas mil libras de oro, que suministró la cámara apostólica. No pudo luchar Pedro el Cruel contra esta terrible invasion, y se vió obligado á abandonar á su hermano la corona con la vida, que su hermano le quitó con su propia mano, en 1369.

35. Urbano V entretanto gobernaba con útiles y sabias reformas. El mérito que se creia mas sepultado en el olvido, se admiraba de haber sido hallado por el atento pontífice y

(1) Es muy extraño que ningun historiador español, ni aun el mismo Ayala, enemigo personal de don Pedro el Cruel, haya hecho mencion ni de deposicion ó privacion de la corona por el papa, ni de infeudacion á favor de Enrique. Este venció porque todo el reino estaba contra un rey malvado, loco y tirano, y se decidieron por su hermano, cuyas desgracias y cualidades le habian granjeado las simpatías de todos los buenos.
(El Traductor.)

puesto de improviso en el candelero. Urbano V había encargado en cada provincia á cierto número de personas prudentes y sérias que recogiesen noticias individuales de las personas para iluminarle en sus elecciones, y que de todo le pasasen fiel relato. De este modo adquirió en poco tiempo un conocimiento claro y seguro de la capacidad, costumbres, ciencia y piedad de casi todos los clérigos. Enviaba en seguida visitadores que sin acepción de personas recompensasen el mérito, castigasen á los malos y depusiesen á los indignos. El cardenal de Talleyrand⁽¹⁾ con sola una expresion hizo el mayor elogio de este pontificado. Preguntándole un día qué pensaba de Urbano V: « Pienso, decia, que tenemos un papa. El deber nos » obligaba á honrar á los otros; pero tememos y amamos á » este, porque es poderoso en obras y en palabras. » El soberano pontífice pensaba en efectuar la traslacion de la Santa Sede. En 1365, el emperador Carlos IV fué á Aviñon para conferenciar con él sobre este asunto. El alejamiento de Roma habia minorado en cierto punto al pontífice; pero este no habia sido causa de aquel, sino que fué resultado natural de las facciones que destrozaban la Italia. No es verdad, como afirman escritores superficiales, que los papas del siglo XIV hayan hecho tratados con el trono de Francia para residir en este lado de los Alpes; y lo prueba el que jamás alegaron tratado alguno los reyes para representar al pontífice que permaneciera en Aviñon. Los papas han permanecido en Francia cuando lo han querido, y se han vuelto á Italia cuando han querido, á pesar de las instancias de los reyes. Sin embargo, su residencia en Aviñon era una situacion irregular, porque bajo el respecto temporal ningun punto puede reemplazar á Roma como silla del poder pontifical. Desde la traslacion á Aviñon, casi todo sacro el colegio estaba compuesto de franceses, y todo era francés en la corte pontifical. Era sin duda honroso para la Francia; pero ese carácter exclusivo

(1) Por la habilidad y astucia de su política desembarazada, este cardenal ejercia desde hacia medio siglo una influencia preponderante en Aviñon. Se dijo de él que habia hecho papas, y no habia querido serlo.

daba á la corte del papa un viso de nacionalidad que contrastaba con las tradiciones y deberes de universalidad del romano pontífice. Los pueblos extranjeros hallaban en esto motivos de envidia y desconfianza. « Roma, habia dicho » Juan XXII, será siempre la capital del mundo, de buena ó » mala gana. » Urbano V sintió vivamente esta necesidad, y en 1366 notificó al sacro colegio y á todos los príncipes cristianos su intencion de volver á Roma en el año siguiente. El cardenal Albornoz, cuya política hizo triunfar esta resolucion, pues que su realizacion era debida á sus victorias, recibió orden de preparar el palacio de Viterbo y el del Vaticano para recibir al papa. Carlos V, rey de Francia, se apresuró á enviar al pontífice, en calidad de embajador, á Nicolás Oresme, personaje que gozaba en París de una alta reputacion de ciencia y elocuencia, para que retrajese á Urbano V de su traslacion, representándole la anarquía en que estaba sumida toda Italia, y especialmente Roma, y las ventajas de su permanencia en Francia, su patria. A pesar de toda su elocuencia, el papa Urbano le respondió: « No solamente no me disuades de la » traslacion, sino que todos tus argumentos me la hacen » lerar. » Petrarca fué mejor oido cuando decia al papa: « Estais dando obispos á las demás iglesias; ¿porque no restituis el suyo á Roma? » Como hubiese fuerte oposicion de parte de los cardenales, que estaban contra la traslacion á Roma, Urbano V les amenazó con deponerlos de su dignidad, y poner en su lugar italianos. Fué pues necesario obedecer.

36. El 30 de abril de 1367, la corte pontificia salió de Aviñon y se embarcó en Marsella en una flota de veintitres bajeles que le aguardaban. Llegó al puerto de Cormeto el 3 de junio, y al desembarcar Urbano V fué recibido por el cardenal Albornoz é innumerable concurso de señores y prelados de los Estados de la Iglesia. Una diputacion de Roma vino á depositar en sus manos la soberanía de Roma, entregándole las llaves del castillo San Ángel. Inmediatamente partió para Viterbo, donde recibió los embajadores de las diversas potencias cristianas. El emperador, la reina de Nápoles, el rey de Hungría

y la república de Toscana quisieron rivalizarse en celo y magnificencia. Por lo demás, estos homenajes eran sinceros. El patriarca de Constantinopla, acompañado de bastante número de caballeros y grandes señores orientales, vino á aumentar este concurso; y participó la sincera conversion del emperador griego á la unidad católica, así como de su próxima llegada á la corte pontifical. El júbilo universal solo fué interrumpido por la muerte del gran cardenal Albornoz, en 24 de agosto de 1367. Tres meses despues hizo Urbano V su entrada triunfal en Roma, donde desde hacia sesenta años ningun papa habia puesto los piés. Todo era júbilo y alegría; el acompañamiento pontifical atravesó lentamente por la ciudad en medio de un inmenso gentío, y Urbano V fué desde luego á la iglesia de San Pedro, donde oró en el sepulcro de los Apóstoles, y despues tomó posesion del Vaticano.

37. En el año siguiente Roma vió un espectáculo no menos solemne. Carlos IV quiso recibir de manos del papa la corona imperial en la iglesia de San Pedro. Juan Paleólogo vino á renovar en presencia del soberano pontífice su juramento de fidelidad á la Iglesia romana. Urbano V le recibió en las gradas de San Pedro; el emperador griego hizo tres genuflexiones delante del papa y se postró para besarle los piés. El pontífice le levantó, le abrazó con ternura, le tomó por la mano, y así le introdujo en la basílica al canto del *Te Deum*. Paleólogo esperaba alcanzar del Occidente socorros contra los Turcos: Urbano V hizo los mayores esfuerzos para organizar una nueva cruzada en Europa; pero ya pasó el tiempo de semejantes expediciones. Carlos V, en Francia, solo pensaba en reponer su reino, tan mal parado desde el humillante tratado de Bretigny. Eduardo III necesitaba todas sus fuerzas para conservar sus conquistas. Carlos IV, en Alemania, era ya sobrado anciano para exponerse á los azares de una lejana guerra. Por otra parte, este príncipe no habia nacido para la guerra; y le preocupaba exclusivamente la administracion civil y religiosa de sus Estados. Hasta el mismo Urbano V no gozó largo tiempo de la calma que se prometia en Roma.

38. El carácter faccioso y turbulento de los Italianos no tardó en despertarse. Comenzaron á sucederse de nuevo en las ciudades de los Estados pontificios las sediciones y motines, tanto que le pesó muy pronto al papa haber dejado la pacífica morada de Aviñon. Los cardenales se aprovecharon de este descontento de Urbano V para suplicarle regresase á Francia. El papa, despues de mucho vacilar, se decidió en fin á ello. Esta noticia afligió en extremo á los buenos católicos. Habia entonces en Roma una ilustre Sueca, cuyas virtudes ha coronado la Iglesia bajo el nombre de santa Brígida. Educada en el austero clima de la Escandinavia, tenia hasta en su misma piedad algo áspero como el cielo de su patria. La mencion sola de sus penitencias haria espantar, y se creerian imposibles si no se supiera que el amor divino eleva la naturaleza sobre sí misma. Por lo demás, santa Brígida, tan austera consigo, solo manifestaba, en sus relaciones con el mundo, suavidad, modestia y caridad. Desde la cuna se desarrolló en ella la piedad: á los siete años ya comenzaba el Señor á honrarla con sus comunicaciones; y sus favores divinos fueron en aumento con la edad. En una de sus visiones recibió orden de Dios de ir como peregrina á Roma: su objeto era lograr la aprobacion pontificia para una congregacion religiosa que habia formado. Cuando supo la salida próxima del papa para Francia, santa Brígida tuvo nueva vision, en la que le reveló Dios el porvenir, y le mandó lo comunicase á Urbano V. La santa cumplió su mision: predijo al papa que le esperaba muerte próxima si se volvia á Francia. Sea que Urbano V no creyese auténtica esta profecía, sea que pensase alejar su amenaza proponiéndose regresar muy pronto á Italia, su resolucion no cambió; y el 16 de setiembre de 1370, las galeras del rey de Francia le desembarcaron en Marsella, y el 24 entró en Aviñon, cuya poblacion le recibió con gran júbilo. Mas no tardó en cumplirse la terrible amenaza de santa Brígida. En el lleno de sus fuerzas vigorosas, en la plenitud de su actividad que prometia un reinado largo, Urbano V se vió atacado de improviso por una enfermedad desconocida, que muy pronto hizo presentir su

muerte próxima. Se dice que experimentó entonces el papa un vivo dolor de haber vuelto á Francia, y que prometió regresar inmediatamente á Italia si recobraba su salud. Pero ni Roma ni Italia habian de verle mas; pues murió el 19 de diciembre de 1370, á los ocho años de su pontificado.

§ VI. PONTIFICADO DE GREGORIO XI (30 de diciembre de 1370-27 de marzo de 1378).

39. La Providencia quiso que el hombre grande que acababa de perder la Iglesia fuese reemplazado por el cardenal Pedro Roger de Beaufort, sobrino de Clemente VI. Tomó el nombre de Gregorio XI y fué el último papa francés. La exclusion que desde esta época pesa sobre el reino de Francia no fué decretada jamás ni por constitucion apostólica ni por ley alguna: ha resultado naturalmente del estado de cosas y del temor de que un papa francés renueve la traslacion de la Santa Sede á su patria. Gregorio XI ha sido loado por todos los autores contemporáneos por su humildad, modestia, prudencia, liberalidad, mansedumbre y constante afabilidad. Conoció tambien la necesidad de restablecer la silla pontificia á su ciudad natural, y mas feliz en esto que su antecesor, logró llevar á cabo su designio. Es gloria no pequeña para la Francia el que la iniciativa y la última ejecucion de la restitution de la Santa Sede á su silla primitiva ha sido debida á papas franceses, y que lo efectuaron á pesar de innumerables obstáculos y dificultades de todo género. El primer tropiezo que halló el nuevo papa en la ejecucion de su proyecto le vino de Italia, donde se habia vuelto á encender el fuego de la discordia con gran violencia. Los Milanese y Florentinos volvieron á formarse en liga formidable contra el poder pontifical. Una compañía de aventureros, capitaneada por el inglés Juan Haukood, se puso al servicio de Bernabé Visconti y de los señores de Milan. Esta banda de vagabundos asoló todas las ciudades de la Romaña y Marcha de Ancona. Las poblaciones, desesperanzadas de ser socorridas por el papa, se mezclaron con los aventureros, recorriéndolo y asolándolo todo, y desplegando

una bandera en que estaba escrito en letras de oro el lema de *Libertad*. La rebelion se propagó como contagio. Viterbo, Perugia, Asis, Espoleto, Civita-Vecchia, Ravena, Ascoli, sacudieron el yugo de la Iglesia romana. Este movimiento insurreccional habia comenzado en noviembre de 1375, y al fin de diciembre ya no le quedaba al papa un solo puerto donde desembarcar. La república de Florencia habia sido la primera en dar la señal de sedicion, y contra ella debia dirigir Gregorio XI el condigno castigo.

40. Las armas espirituales solas no hubieran bastado para someter tanto revoltoso. Tomó pues el papa á su sueldo una compañía de Bretones, mandada por dos valientes caballeros, Juan de Malestroit y Silvestre de Buda. Esta compañía independiente, que contenia seis mil caballos y cuatro mil infantes, rescataba las provincias meridionales de la Francia: soldados valientes, aunque semi-salvajes é indisciplinados, tan afamados por su jactancia como por bravura. Se les preguntó si entrarían en Florencia: «Pues que el sol entra, ¿porqué no» hemos de entrar nosotros?» respondieron estos intrépidos aventureros. Tales eran los defensores que la hábil política de Gregorio XI se granjeó para la Santa Sede. Los Bretones pasaron los Alpes acompañados del cardenal Roberto de Ginebra, el cual lanzó entredicho contra Florencia, excomulgó á los cabezas de la república y les citó á comparecer en persona ante la Santa Sede. El ejército pontifical se esparramó por todas las ciudades del territorio de la república. Las guarniciones florentinas, no osando medirse en rasa campaña contra tan fogosos enemigos, se replegaron á la capital. El papa, por otra parte, habia mandado salirse de Aviñon á los negociantes florentinos; les persiguió en todas las plazas de Europa, permitió se confiscasen sus mercaderías, encarcelar á sus personas y aun venderlas como esclavos. Estas medidas trastornaron todo el comercio de Florencia y le causaron una pérdida de tres millones de florines. Los cabezas de la república, aturullados con tanto rigor, se concertaron en pedir la paz. Habia entonces en el convento de Hermanas de la Penitencia de Santo